

Carlos Martínez Gorriarán

EN DEFENSA DEL CAPITALISMO



Una filosofía económica del progreso de la humanidad


ESPASA

CARLOS MARTÍNEZ GORRIARÁN

EN DEFENSA DEL CAPITALISMO

UNA FILOSOFÍA ECONÓMICA
DE LA NATURALEZA HUMANA



© Carlos Martínez Gorriarán, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

ISBN: 978-84-670-6462-9

Depósito legal: B. 19.398-2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Agradecimientos	11
INTRODUCCIÓN. LAS FOBIAS INTELECTUALES AL CAPITALISMO ...	13

PRIMERA PARTE

CAPITALISMO, LAS VARIEDADES DE LA ECONOMÍA MODERNA

1. ¿A qué llamamos «capitalismo»? Marx y la economía	21
2. El <i>capitalismo popular</i> : la política y la socialización de la propiedad	35
3. Los capitalismoes, un sistema de sistemas que compiten y evolucionan	43
4. Los fantasmas del capitalismo, o la economía bajo la ideología	52

SEGUNDA PARTE

HISTORIA E IDEAS DEL *HOMO Oeconomicus*

5. La prehistoria de la economía: del regalo circular al Estado empresario	97
6. Grecia clásica: economía creativa y pensamiento conservador	124
7. Filosofía y economía, dos campos en conflicto: de Platón a Aristóteles	148
8. Roma: clientelismo y <i>annona</i> , o esclavitud y protección social ..	171
9. El imperialismo de Portugal y España y la primera globalización mundial	188
10. El Imperio español del siglo XVI y la nueva economía global ...	198

ÍNDICE

11. Otros agentes económicos globales: diásporas y redes espontáneas 217

TERCERA PARTE

EL PENSAMIENTO MODERNO Y LA ECONOMÍA

12. El ideal de Utopía y el anticapitalismo moderno 235
13. El debate ilustrado: de Rousseau a Kant, pasando por Hume 249
14. Adam Smith: la emancipación de la economía del dominio moral 278
15. Karl Marx, una economía para el fin de los tiempos 292
16. Por qué Marx y muchos otros no entendieron a Darwin . 319
17. China desmonta los conceptos «socialismo» y «capitalismo» 331

CUARTA PARTE

EL CAPITALISMO VISTO SIN IDEOLOGÍA

18. *Animales económicos*: del instinto de propiedad a la utilidad marginal 376
19. La Revolución Industrial espontánea y la plenitud del capitalismo 402
20. La economía emergente y la libertad humana, natural y cultural 420
21. Una teoría diferente: los saltos de nivel de lo simple a lo complejo 429
22. Un caos azaroso y antipático, o por qué buscamos refugio en la ideología 447

A MODO DE CONCLUSIONES: OTRA FILOSOFÍA DEL CAPITALISMO 456

Notas 475

Bibliografía 505

Índice analítico 517

1

¿A QUÉ LLAMAMOS «CAPITALISMO»?

MARX Y LA ECONOMÍA

El término «capitalismo» abarca una variedad de cosas distintas y a veces incoherentes. Por ejemplo, es el nombre dado al sistema de las democracias desarrolladas, con tres componentes básicos: economía de mercado, democracia representativa y Estado de derecho. Ahora bien, China, Irán y Rusia tienen potentes economías de mercado, pero no los otros dos componentes, o son muy defectuosos. Más exagerada es la miseria democrática de los opulentos Emiratos Árabes del Golfo y Arabia Saudí; sin embargo, nadie diría que no son «capitalistas». Si prescindimos de la democracia y del Estado de derecho, la esencia del capitalismo quedaría reducida a la economía de mercado. Pero incluso los pocos Estados socialistas supervivientes tienen alguna forma de mercado —una institución muy resiliente—, de modo que no serían tan distintos a los capitalistas. También lo entendió así China tras la muerte de Mao, y por eso decidió adoptar el capitalismo sin dejar de llamarse «socialista». Por razones inversas, los fundamentalistas del mercado consideran «socialismo» cualquier política de redistribución, comenzando por el cobro de impuestos. Simétricamente, comunistas y anticapitalistas tachan de «neoliberal» a cualquier libertad económica. De pocas cosas se habla tanto como del capitalismo y a la vez con tanta vaga imprecisión y ambigüedad.

La controversia se remonta a las discusiones entre liberales y socialistas de la primera mitad del siglo XIX, el periodo en que la Revolución industrial comenzó a expandirse por el mundo. Karl Marx

condenó al capitalismo como forma injusta y casi diabólica de «explotación del hombre por el hombre», aunque a su juicio era una fase necesaria de la historia como pórtico de entrada al socialismo tras un proceso revolucionario inevitable. John Stuart Mill entendía la economía capitalista de un modo muy diferente al de Marx, aunque no menos crítico; compartía su carácter necesario y sus malos efectos sociales, pero para mitigarlos promovió las cooperativas de producción y abogó por la disminución drástica de la desigualdad derivada de la concentración del capital. Sin embargo, Marx consideraba a Mill un apóstol de la «ciencia burguesa», así que cabe preguntarse si hablaban de lo mismo. Pocos han defendido al capitalismo como algo más que un sistema necesario pero desagradable, como el propio dinero. Así, los fascistas del siglo XX negaron que sus Estados fueran capitalistas, reivindicando un fantasmal «Estado corporativo» que habría superado la «lucha de clases». Prohibieron el marxismo, pero adoptaron en parte sus categorías y cuadros mentales, compartiendo el desprecio del liberalismo con comunistas y conservadores reaccionarios.

La fatalidad del capitalismo parece consistir en que nadie logra escapar a su atracción gravitatoria mucho tiempo: como en un potente agujero negro galáctico, todos acaban cayendo dentro. Casi todos los países que en 1989 se declaraban socialistas o comunistas, con China y Rusia a la cabeza, han adoptado las instituciones capitalistas, los mercados y las empresas privadas industriales y financieras. La adopción de la democracia representativa es, en cambio, harina de otro costal. Muchos países adoptaron el capitalismo conservando sus instituciones políticas autoritarias. Japón es el ejemplo paradigmático de transición a la economía industrial y financiera sin renunciar a sus tradiciones autocráticas del culto al emperador, que se prolongó al menos hasta la derrota nipona en la Segunda Guerra Mundial.

También ha habido resistencias: así, tras la independencia de India, Gandhi y después Nehru intentaron que el subcontinente mantuviera los sistemas productivos tradicionales y buscara la autarquía, limitando con numerosas trabas el desarrollo de una economía capitalista. Hasta ciento veinte países de todo el mundo les siguieron por ese camino alternativo entre tradición y modernidad y capitalismo y socialismo, conocido como Tercera Vía del Movimiento de Países

no Alineados. Pero era básicamente un concepto geopolítico, pues se entendía que no estaban *alineados* con el bloque capitalista, liderado por Estados Unidos, ni con el socialista de la Unión Soviética, aunque esto último era mucho más dudoso y francamente ridículo en los casos de Cuba o Vietnam y de «repúblicas soviéticas» como Bielorrusia o Uzbekistán.

Algunos de estos países impulsaron con más o menos empeño economías *no capitalistas* o socialismos exóticos, como el «autogestionario» de la Yugoslavia del mariscal Tito y el maoísmo balcánico de Enver Hoxha en Albania, así como Argelia y la mayoría de excolonias africanas. A excepción del «sandinismo» de Nicaragua y del «socialismo bolivariano» de Chávez y Maduro, que ha hundido a Venezuela, poco queda vivo de aquellos experimentos, no exentos de claros componentes fascistas. Muchas formas de este «socialismo nacional» consistían más bien en suprimir la seguridad jurídica y la libertad económica, nacionalizando servicios y sectores enteros, exigiendo comisiones ilegales a las empresas restantes y encubriendo una enorme corrupción e ineficiencia que impedía el desarrollo económico de continentes enteros.

La tentación de «terceras vías» vernáculas ha sido grande en el nacionalismo, sea de ricos o pobres. No ha habido movimiento nacionalista insurgente o terrorista del siglo XX que no se haya proclamado «socialista», desde los Tupamaros uruguayos y el peruano Sendero Luminoso al IRA y ETA en Europa; los sionistas fundadores del actual Israel eran en gran parte socialistas, aunque, a diferencia de los anteriores, socialdemócratas. El general De Gaulle proclamó que «el capitalismo no es aceptable por sus consecuencias sociales. Es necesario encontrar una tercera vía»; era un argumento muy parecido al sostenido por Franco en España en la primera época de su larga dictadura. Posible caso de justicia poética, De Gaulle fue obligado a renunciar a la presidencia de Francia en 1968 tras la revuelta anticapitalista universitaria de mayo, inspirada en el maoísmo.

Los requiebros han sido abundantes. Tras romper con los soviéticos, la China maoísta acusó a la URSS del pecado de «capitalismo de Estado», pero, tras la muerte de Mao, China giró al capitalismo a una velocidad aún mayor que la japonesa de un siglo antes, manteniendo por puro conservadurismo la definición oficial de «Estado

socialista» (Vietnam le ha imitado). Cuando la URSS y el sistema soviético colapsaron sin previo aviso, Fukuyama triunfó con la tesis de que el capitalismo no es otra cosa que la culminación de la historia o el único modelo posible de sociedad y economía, tesis a la que con diferentes matices se apuntaron la mayoría de teóricos conservadores y liberales. Sin embargo, el mundo actual asiste al auge de populismos izquierdistas y derechistas hostiles al capitalismo liberal. El capitalismo, como concepto y modelo más o menos real o imaginario, vuelve a ser tan controvertido como siempre.

LA GESTACIÓN DEL CONCEPTO DE CAPITALISMO

Al parecer, tampoco es incompatible ser socialista capitalista ni capitalista socialista, o un poco de cada cosa. Este guirigay nada excepcional no tendría mayor importancia si la idea de «capitalismo» no fuera solo un concepto económico y político, sino algo más: el marco mental que orienta la comprensión de nuestro mundo. «Capitalismo» fue originalmente un término derivado de «capitalista», el propietario de capital. Como concepto fue difundido por el economista David Ricardo y la economía clásica de inicios del siglo XIX, para la cual ser «capitalista» significaba invertir en un negocio. En su sentido actual de sistema total, económico y sociopolítico, fue acuñado por Karl Marx y su movimiento, y con un éxito poco frecuente. Pero el término «capitalismo» ya significaba varias cosas bastante diferentes en el marxismo originario:

- Un estadio histórico del desarrollo económico que había desplazado necesariamente al feudalismo, y en su momento sería necesariamente desplazado por el socialismo.
- Un sistema de producción y reproducción económica básicamente injusto, basado en la explotación «del hombre por el hombre», del proletariado por la burguesía.
- Un sinónimo de «burguesía» y de «economía liberal».
- Una asociación criminal de malhechores, los capitalistas, que dominan y saquean el mundo.
- Una ciencia inmoral del enriquecimiento, como denuncia Engels en un texto temprano: «Esta economía política o

ciencia del enriquecimiento, que brota de la envidia y la avaricia entre mercaderes, viene al mundo trayendo el estigma del más repugnante de los egoísmos»¹.

Un examen exhaustivo encontraría otras connotaciones del término, por ejemplo, el de «monopolio de clase disfrazado de libertad económica». La clase denunciada es la burguesía. El significado de «burguesía» y «burgueses» en el sentido peyorativo de «enemigos del pueblo», identificados con ricos y especuladores, se remonta a la Revolución francesa del periodo 1792-1793. Lo pusieron en circulación Marat, los radicales hebertistas y Babeuf, un proto-comunista. También deriva del empleo que hacían los jacobinos *enragés* o «rabiosos» de *capitaliste* como explotador sin conciencia, el empresario falso patriota que amasaba beneficios en la retaguardia a costa de los ciudadanos que defendían la revolución con su vida en el ejército de la República.

Eran imágenes emotivas más que conceptos teóricos: el rico explotador sin escrúpulos y su víctima, el pobre revolucionario explotado. Pero tuvieron un gran éxito cuando Marx y Engels las dotaron de un sentido teórico y profético mucho más amplio, capaz de interpretar la totalidad del sistema social, de explicar la historia y de predecir el futuro, inevitablemente socialista. La burguesía triunfante necesitaba una contraparte o reflejo social, el proletariado. Es un *revival* del término latino *proletarius*, que se aplicaba a los ciudadanos romanos muy pobres, sin más fortuna que su *prole*. Según Marx y Engels, la nueva clase proletaria creada por el capitalismo se componía de trabajadores sin otro patrimonio que su fuerza de trabajo. Los proletarios no tenían más remedio que venderla a cambio de un salario, muy insuficiente y muy inferior al valor de los bienes que producían. La diferencia de valor era, según Marx, el beneficio o plusvalía que se apropiaba el empresario burgués (teoría que veremos más a fondo en la tercera parte). El proletariado así explotado no paraba de crecer según se expandía la economía industrial, y seguiría creciendo mientras la burguesía menguaba según la riqueza iba concentrándose en menos manos. El proceso estallaría en una conflagración social generalizada donde el proletariado barrería a la burguesía y al capitalismo para tomar el control del mundo. Este es, básicamente, el guion de la historia tal como la concibió Marx.

LA DESIGUAL EVOLUCIÓN DE LA DESIGUALDAD

El rechazo marxista del capitalismo deriva de la enorme desigualdad social de la primera Revolución Industrial, que Marx atribuyó a la propiedad privada de los medios de producción. El *Manifiesto comunista* dibuja una situación desoladora de lucha de clases entre burguesía y proletariado, que acabará con la victoria total del segundo por la vía revolucionaria. En el *Manifiesto* no hay aristocracia, rentistas, clases medias, campesinado, artesanado ni otras entidades sociales distintas a las dos clases en lucha mortal. Sin embargo, en el momento de su publicación (1848), en ningún sitio reinaba una confrontación social tan antagónica como la descrita. Se trataba pues de una profecía, fundada en la premisa de que la propiedad privada producía y producirá desigualdades tanto más insoportables cuanto más se concentre en unos pocos capitalistas, como necesariamente debía ocurrir. Pero resultó ser uno de los pronósticos más equivocados de Marx y Engels.

La condena de la propiedad privada se remonta muy atrás en la historia occidental, al menos al pensamiento político de Platón, y en la era moderna tampoco fue una idea exclusiva de Marx y Engels, ni mucho menos. Era compartida, con matices, por los anarquistas y por algunos «socialistas utópicos», así bautizados por Marx para diferenciarlos de su «socialismo científico». Lo que pensaba el socialista utópico y anarquista Pierre-Joseph Proudhon, el de «la propiedad es un robo» o «la propiedad es imposible, porque de nada exige algo»², no era muy diferente al pensamiento de Bakunin, Kropotkin y los numerosos anarquistas de la época. Para todos ellos, el nudo gordiano del problema social era la propiedad privada, y su abolición la condición *sine qua non* para progresar al socialismo. La falacia de que a mayor libertad económica menor libertad real nace de esta concepción negativa de la propiedad. Esto no excluye paradojas como que a Proudhon le escandalizara la desigualdad económica, pero defendiera la desigualdad sexual y atacara al incipiente feminismo de la época.

La evolución histórica, con la expansión de las clases medias (la llamada «pequeña burguesía») y la mejora de condiciones laborales (en buena medida gracias al movimiento sindical, ciertamente), desmintió rápidamente el pronóstico apocalíptico del *Manifiesto*: las

sociedades industrializadas se hicieron más complejas en vez de bipolares. Pero eso no convenció a los marxistas ni demás anticapitalistas de que quizá estuvieran en un error. La historia científica, que para el marxismo originario es la prueba de fuego y piedra filosofal de su visión, dice cosas muy diferentes de las que propugna el marxismo ideológico, obligando a una legión de historiadores y científicos sociales más o menos marxistas a toda clase de contorsiones para ajustar los hechos a la ideología.

Un buen ejemplo reciente, que ha suscitado un saludable debate pese a los tópicos de partida, es el de Thomas Piketty. El economista francés obtuvo un gran impacto con su obra *Le capital au XXI^e siècle*³. Piketty pone un gran aparato histórico y estadístico al servicio de una premisa fija y más que centenaria: el capitalismo es una fábrica inevitable de desigualdad arbitraria y, por tanto, de injusticia. En sus propias palabras:

El crecimiento moderno y la difusión de conocimiento han permitido evitar el apocalipsis marxista, pero no han modificado las estructuras profundas del capital y de las desigualdades —al menos no tanto como se pudo imaginar en los decenios optimistas tras la Segunda Guerra Mundial—. Desde entonces, mientras la tasa de crecimiento del capital sobrepase ampliamente la tasa de crecimiento de la producción y de la renta, que era el caso en el siglo XIX y amenaza con fuerza volver a ser la norma en el XXI, el capitalismo produce mecánicamente desigualdades insostenibles, arbitrarias, cuestionando radicalmente los valores meritocráticos en los que se fundan las sociedades democráticas [...]. Existen medios para que la democracia y el interés general retomen el control del capitalismo y de los intereses privados, siempre respondiendo a las dobleces proteccionistas y nacionalistas⁴.

EL CASO DE LA ESCLAVITUD Y SUS DURADEROS EFECTOS EXCLUYENTES

Lo cierto es que la desigualdad extrema no solo no es una creación del capitalismo, sino que ha sido mucho más profunda en las economías precedentes, como el esclavismo. Al contrario, la extensión y evolución del capitalismo fue acompañada de la disminución

de la desigualdad institucional⁵. La esclavitud reduce al ser humano a objeto de propiedad ajena, privado de derechos. Es más grave que trabajar para otro en malas condiciones laborales, como no dejaron de reconocer los trabajadores industriales de Gran Bretaña y Estados Unidos que apoyaron activamente la lucha contra el esclavismo en el siglo XIX. La abolición del esclavismo fue entendida por todo el mundo democrático como un requisito de la libertad general, aunque se hiciera esperar.

La herida que el esclavismo hace a la igualdad, como principio y mentalidad social, es profunda y duradera. Un siglo después de la abolición constitucional de la esclavitud, los descendientes de esclavos en Estados Unidos seguían segregados y privados del derecho efectivo al voto en los estados del sur mediante diversos trucos legales. Incluso tras el movimiento de los derechos civiles y las acciones federales para derogar la segregación racial y obligar al sur a reconocer el derecho al voto y a la participación política de los afroamericanos, subsisten efectos de la segregación en forma de mayor tasa de fracaso escolar, más precariedad laboral y mayor desempleo, más tasa de delincuencia y porcentaje de población reclusa, etc. Todo indica que la superación de la segregación racial puede exigir varias generaciones o hacerse crónica. Que algunos grupos anticapitalistas traten de explotar esta situación en su propio beneficio no la hace menos cierta, pero tampoco la convierte en una consecuencia directa del capitalismo, pues más bien es una supervivencia de la sociedad precapitalista.

La exclusión social y la segregación tienen efectos mucho más duraderos de lo que pueda parecer a primera vista, y las imprescindibles modificaciones legales no los eliminan de un plumazo. Determinados patrones sociales e ideológicos pueden reproducirse siglos después de su derogación legal. Uno de los casos mejor conocidos es el mantenimiento y auge cíclico del antisemitismo europeo, a despecho de todas las garantías de igualdad constitucional, hasta culminar en el Holocausto nazi. Lo dicho de la marginación ilegal de los afroamericanos vale para otros colectivos sociales, como los indios nativos en Estados Unidos y varios países latinoamericanos, o para los gitanos europeos. Y ahí tenemos a los perseguidos rohingya de Myanmar, los excluidos *dalit* o parias de India y muchos otros marginados por nacimiento. En los antiguos países socialistas, la dicta-

dura dejó una impronta social aún visible en la división económica y política de la Alemania reunificada. También en lo que la ensayista bielorrusa Svetlana Aleksíevich (Premio Nobel de Literatura 2015) llama el *Homo sovieticus* de la antigua URSS y países satélites, o en la extendida homofobia y xenofobia de muchos países excomunistas⁶. El apeitado social es algo ancestral, hereditario y presente en toda clase de sociedades. Pero, en conjunto, el capitalismo ha hecho más y en menos tiempo por la igualdad civil que todos los sistemas precedentes; no tanto por razones morales, sino porque ser más equitativo y racional es una sus propiedades sistémicas⁷. Que ese grado de igualdad se considere o no suficiente es otra cuestión.

LA PROPIEDAD, O LA GALLINA CAPITALISTA DE LOS HUEVOS DE ORO

Reducir la desigualdad a las diferencias de renta es en realidad una grosera contaminación *burguesa*. La desigualdad jurídica, política y social es mucho más antigua y poderosa, como manifiesta el nacionalismo que sigue reclamando más privilegios políticos para las comunidades más ricas. También es muy anterior la desigualdad de origen biológico que segrega por sexo o género, con la histórica sumisión social de las mujeres a los hombres. Es el mismo caso de la separación de derechos entre edad adulta y adolescencia, casados y solteros, parientes y extraños..., toda la prolífica descendencia dual del *nosotros/los otros*: nobles y plebeyos, nativos e inmigrantes, nacionales y extranjeros, puros e impuros, creyentes e infieles, libres y presidiarios, y toda la larga lista de formas de desigualdad instituida. En rigor, ninguna es creación del capitalismo.

Revisemos la oposición, tan admitida, entre propiedad privada e igualdad social, esa misma que han reanimado Piketty y otros economistas teóricos. La experiencia no la apoya. En los países capitalistas, el acceso de más gente a la condición de propietarios se ha traducido en avance de la igualdad y de las llamadas «clases medias», porque la distribución de la propiedad entre más sujetos tiene un efecto igualador muy acusado cuando la propiedad sigue siendo privada, pero más repartida. La teoría de que la socialización casi total de la propiedad daría paso a una sociedad igualitaria ha sido rotun-

damente desmentida por los experimentos marxista-leninistas y los socialismos nacionalistas. Lejos de alumbrar una sociedad donde todos eran dueños de todo, surgió un único propietario en forma de Estado socialista, que, a su vez, era el monopolio absoluto del partido único y su cúpula dirigente, incluso de un solo individuo en el caso del estalinismo, el maoísmo y demás variantes autocráticas. Irónicamente, el proceso de concentración de la propiedad efectiva en muy pocas manos, profetizado por Marx, tuvo lugar en los regímenes socialistas, no en las sociedades capitalistas. El leninismo produjo una sociedad sin derechos donde hasta la vida de los particulares era propiedad del Estado, identificado con la cúpula del partido único. La supresión de toda separación legal y policial entre lo público y lo privado, entre ley y conveniencia o capricho del poder, liquidaron toda ilusión de igualdad jurídica, política y social, salvo la igualdad negativa de que todos eran candidatos similares a la represión arbitraria de la dictadura.

Por tanto, el dogma de que minimizar la propiedad privada aumentará la igualdad social no tiene fundamento empírico ni teórico, como tampoco el principio de que una sociedad muy igualitarista será necesariamente mejor: seguramente será más mediocre y represiva en todos los aspectos al desterrar la competencia saludable y la meritocracia. Pero la izquierda reaccionaria no se apea del dogma. En su última obra⁸, Thomas Piketty propone un impuesto del 90 % sobre el patrimonio de los más ricos. Y repetía en una entrevista a *El País*⁹: «un 90 % a quien tenga 1000 millones de euros significa que le quedan 100 millones de euros. Con 100 millones todavía uno puede tener un cierto número de proyectos en la vida». Este sistema de expropiación coactiva o «socialismo participativo», según Piketty, que parece inspirada en las economías arcaicas del intercambio de regalos (veremos algunos casos en la segunda parte), vendría a resolver de una carambola la circulación obligatoria de bienes, la instauración de la renta universal y la imposición de la propiedad participativa y líquida.

Pero muchas barreras hacen inviable la propuesta: el patrimonio no es dinero líquido, son empresas, inmuebles, marcas y activos financieros. ¿Cómo se «reparte» el 90 % de una empresa entre todo el mundo? ¿Vendiendo todos sus activos y convirtiéndola en dinero líquido a repartir? ¿Nacionalizando? ¿Repartiendo acciones gratis?

¿Troceando la empresa? ¿Y cómo se «repartirían» las deudas y cargas, o esa parte de la empresa no entra en el reparto? Piketty pretende haber dado con un modo de expropiar y repartir distinto a la vieja y fracasada nacionalización indiscriminada con la que Hugo Chávez y Maduro han logrado hundir a Venezuela en la pobreza y hacer emigrar al 10 % de la población. Pero el hecho, de sentido común, es que nadie creará una empresa si sabe que a los veinticinco años le expropiarán el 90 % (pensar lo contrario es típico de los funcionarios públicos, como Piketty). Y tampoco habría muchos incentivos al trabajo si en el reparto del botín todo el mundo recibiera de una vez tres o cuatro años de salario medio, por no hablar del impacto monetario de semejante reparto de liquidez, basado en una concepción infantil del dinero como las montañas de billetes y oro del Tío Gilito de la factoría Disney. Puede resultar triste, pero son nuestra naturaleza y la del dinero, demostradas una y otra vez.

La supresión de los incentivos individuales, intentada alguna vez en todos los regímenes socialistas con nula fortuna, es el mejor camino a la abulia productiva y la depresión económica. Solo es posible imponerla eliminando la libertad económica y las demás que la acompañan en un mismo paquete. Un viejo chiste polaco de obreros en la era socialista lo ilustra muy bien: «Ellos hacen como que nos pagan y nosotros como que trabajamos». Solo es una inversión simétrica de la explotación de la que acusan al capitalismo. Como venganza histórica de la vieja izquierda por el fracaso de sus experimentos puede pasar, pero como propuesta económica es estúpida. Según demostró Adam Smith y admitió Karl Marx, el motor de la economía no es la caridad ni el amor al prójimo, sino resolver el problema de la propia subsistencia y procurarse el progreso material mediante la producción y el intercambio de bienes. Matar la gallina de los huevos de oro es, como enseña el viejo cuento popular, el mejor modo de perder oro y gallina.

DESIGUALDAD MATERIAL Y PODER POLÍTICO

En realidad, la mentalidad capitalista o burguesa que ve en ganar más dinero por medios legítimos una finalidad justa y honrosa para la vida es una rareza histórica reciente. Durante milenios, la riqueza

estuvo al servicio de obtener, mantener y aumentar el poder, no al contrario. Marcel Mauss, antropólogo teórico que estudió la economía arcaica del regalo o don, ya insistió en que el intercambio de dones de las sociedades primitivas no era una forma de altruismo desinteresado. Al contrario, instauraba una relación jerárquica entre sujetos desiguales. El donativo ha de ser recíproco, pero como un don es más valioso que otro —pongamos intercambiar comida por una joya o un gran favor—, quien dona lo de más precio obliga al beneficiado a reconocerle como superior. Por su parte, el donante superior obtiene la lealtad del beneficiario y prestigio social, o lo que es lo mismo, consigue más poder sobre sus semejantes. Así que el relativo igualitarismo económico primitivo es perfectamente compatible con una gran desigualdad social y política.

En las sociedades precapitalistas era impensable que los poderosos no disfrutaran bienes materiales adecuados a su estatus y rango, y también era impensable que un poderoso descuidara aumentar su riqueza. Se trataba de una obligación social que implicaba la de proteger a los menos favorecidos dentro de una relación de dependencia, como el clientelismo romano o el vasallaje feudal. Los culpables de separar riqueza material y poder político, abriendo este a toda clase de candidatos y exigiendo frugalidad y honradez a los gobernantes —ciertamente, con éxito relativo—, fueron el capitalismo y su par político, la democracia liberal. En la época de Felipe II y Luis XIV, y no digamos de los emperadores romanos, chinos y califas, nadie, a excepción de los reformistas morales y religiosos, habría osado reprobar el dispendio en magníficos palacios propiedad del monarca, ni que los reyes y señores enriquecieran a sus favoritos y allegados, porque lo raro y asocial hubiera sido no hacerlo. Hoy esas prácticas solo se admiten en los emiratos petroleros y dictaduras (socialistas inclusive). Así pues, no es que el enriquecimiento político haya desaparecido, sino que, como consecuencia de los valores liberales, hoy es un delito de corrupción perseguido por las leyes.

Resumiendo, ¿es cierta la acusación de que el auge del capitalismo ha incrementado la desigualdad? La respuesta es no. La evolución planetaria de variables y parámetros como la pobreza absoluta y relativa, o de la educación y esperanza de vida, demuestra con números que los detractores del capitalismo no dan en la diana. En los dos últimos siglos, la pobreza ha disminuido espectacularmente,

comenzando por los países de economía más avanzada. La clave radica en que grandes diferencias de fortuna particular son compatibles con mayor igualdad de rentas en conjunto, porque la existencia de megafortunas no exige la de megapobres, como sostiene la falacia de la suma cero. Especialmente si hay un sistema fiscal razonable que haga su labor de redistribución en forma de servicios sociales financiados por los impuestos, con buena educación y sanidad, abundante empleo y cierta igualdad de oportunidades con promoción social. La prueba está en que las mayores fortunas conocidas del mundo —las de la corrupción política son caso aparte— no pertenecen a sujetos de países pobres y muy pobres, como Haití, Afganistán o Congo, sino de los más ricos, en especial de Estados Unidos. Circunstancia bastante lógica considerando que la mayoría de supermillonarios son, en la actualidad, propietarios de las nuevas megaempresas del sector digital (Amazon, Microsoft, Facebook, etc.) que, por desgracia, no pueden proliferar en los países pobres y atrasados.

Se estima que en 1820 del 80 % al 95 % de la población mundial vivía en la pobreza¹⁰. En 1990, el porcentaje mundial de pobreza relativa y extrema era del 50 % y 25 % respectivamente, pero en 2011 la pobreza extrema solo afectaba, pese a la grave crisis financiera, al 17 % de la población mundial¹¹. Hacia el año 2000, la población mundial iba camino de constituir una sociedad de clase media-baja, disminuyendo las tradicionales diferencias abismales de ingresos entre la mayoría de pobres y la minoría de muy ricos¹². Por supuesto, no tenemos ninguna garantía de que esta tendencia se mantenga o de que no cambie de signo, pero sí de que el auge del capitalismo no espolea el de la miseria, al contrario.

El descenso de la extrema miseria ha sido general en todas las regiones del mundo, pese a incrementos coyunturales y locales por efecto de conflictos crónicos graves en países como Congo, Somalia, Sudán, Libia, Afganistán, Siria, Yemen, Haití y otros, azotados por Estados fracasados y violencia endémica. La desigualdad internacional también ha disminuido gracias al crecimiento de los «emergentes» y a la ralentización del crecimiento de los países más desarrollados. Medida por el índice Gini¹³, la desigualdad internacional era del 0,54 en 2000 y del 0,52 en 2010. Los avances igualitarios han sido aún mayores en parámetros sanitarios, especialmente la morta-

lidad infantil y esperanza de vida al nacer. Hacia 1800 oscilaba entre los veinticinco y los treinta y cinco años —países más pobres y más prósperos—, y en 2000, entre los sesenta y los setenta y cinco años de media. En educación y conexión a Internet, los avances son aún más rápidos: en algunos países han pasado en pocos años del teléfono como bien exclusivo para ricos a la generalización del móvil inteligente. Por tanto, y pese al arraigo del pesimismo ideológico, el desarrollo de la economía global ha disminuido las desigualdades más hirientes y el porcentaje de población sumida en la miseria, el hambre y la enfermedad. Y ello a pesar del aumento de la población, la violencia política y otros penosos obstáculos.

Naturalmente, los partidarios de una igualdad más estricta pueden alegar, con razón, que las diferencias materiales siguen siendo muy grandes, que existen entre grupos sociales y territorios de un mismo país, o que la igualdad de oportunidades sigue siendo escasa para la gran mayoría. Es un hecho que el capitalismo es un sistema de competencia y mercado, y que la competencia produce desigualdad de ingresos, de éxito laboral o empresarial. Pero el capitalismo genuino asegura la igualdad básica de poder competir sin restricciones arbitrarias ni barreras legales de acceso, como las que antaño impedían a los judíos tener tierra en propiedad o exigían estatus de nobleza para desempeñar cargos públicos, pongamos por caso.

La desigualdad sigue siendo mucho mayor allí donde la competencia es vetada en la práctica por el monopolio económico de la minoría oligárquica, como sucede en la práctica totalidad de países pobres y pasaba en los regímenes socialistas. Es la diferencia entre permitir competir a todo el que quiera en una carrera de fondo, o dejar correr solo a ciertos privilegiados con el triunfo repartido de antemano. Es cierto que en los últimos años se ha venido observando un aumento generalizado del porcentaje de las rentas del capital sobre las del trabajo¹⁴ en la renta nacional o PIB. Pero es posible que la razón radique en que estamos inmersos en un nuevo cambio económico generalizado, la llamada cuarta Revolución Industrial. El capitalismo sigue generando formas propias de cooperación, redistribución y promoción, haciendo la desigualdad mucho menos estática y drástica de la que era casi fatalmente inevitable en el mundo precapitalista.